Amor Bajo Llave

Antonia Peinado

Amor bajo llave
Antonia Peinado

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-15561-61-3

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2012 Antonia Peinado
© 2012 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mis dos mejores amigas, Helen y Emily. Darles las gracias por escucharme en los malos momentos.
A Helen, por darme permiso para explicar parte de su historia.

A mi familia e hijos, por apoyarme

A la vida, por darme la oportunidad de seguir escribiendo.
A mi madre, por darme la vida.

Amor Bajo Llave

Paloma se casó muy joven, en los años cincuenta, se puede decir que huyendo de su vida familiar. Era la mayor de varios hermanos. Tuvo que ponerse a trabajar desde muy niña. Por eso, sus sueños fueron truncados.

Su ilusión era estudiar para ser alguien en la vida. Le gustaba mucho la medicina, sobre todo la medicina natural. Era una niña inquieta con ganas de aprender cosas nuevas. Muy sensible y muy inteligente. Aprendía rápido todo lo que se propusiera. Pero en aquella época había que trabajar desde muy joven. Tuvo que dejar los estudios aun siendo muy joven. Fue un duro golpe para ella.

Uno de sus sueños era ir a la universidad, pero en aquellos tiempos solo iban los privilegiados, quería ser alguien en la vida, con estudios y carrera, sabía que podría estudiar cualquier cosa que quisiera pues, era la primeras de clase Ayudaba a su madre siempre que podía. Cuidaba a sus hermanos, pero siempre sacaba un rato para repasar apuntes. Un día, su madre le dio la noticia de que por medio de su jefa le había encontrado trabajo como aprendiza un una tienda de ultramarinos. Ella no sabía nada de tiendas, apenas levantaba un palmo del suelo, tenía edad de estar estudiando. No podía negarse, lo mandaban sus padres y por entonces tenía que obedecer. Además, sus padres eran muy severos. No se sentía a gusto en casa de sus padres, sobre todo con su madre. Discutían cada vez que estaban juntas.

Fue así que Paloma empezó a trabajar en un colmado llamado, Ultramarinos Siboney. No le fue muy difícil. Aprendía rápido, era muy paciente con los clientes. A pesar de su edad era muy responsable. Nunca llegaba tarde. Se sentía bien en el trabajo. Solo le apenaba una cosa: quería seguir estudiando fuese como fuese. Buscó algún colegio donde impartieran clases a unas horas distintas de las habituales. Sabía que sería muy difícil, pero lo intentaría. Una vez lo tuviera todo arreglado hablaría con sus padres.

Un día, al salir del trabajo, fue a la academia para matricularse. Estaba decidida a seguir estudiando, aunque eso le costara una discusión con sus padres, más bien con su madre, que era dura de pelar. Cuando Paloma terminaba su trabajo tenía que ayudar en casa y con sus hermanos más pequeños, pero estaba decidida a seguir estudiando, por lo menos hasta sacarse el graduado escolar. Ya se vería después. Le quedaba un par de años hasta sacarse ese mínimo de estudios.

Cuando llegó la hora de decírselo a sus padres, esperó a la noche para que estuviera su padre, él era más fácil de convencer en caso de que su madre se negase a darle permiso para asistir a esas clases.

—Papá, Mamá; tengo que hablar con ustedes.

—¿Qué pasa, Paloma? No te habrán despedido del trabajo. ¿Has hecho algo malo?

—No, mamá. Quería deciros que me gustaría seguir estudiando. No dejaría el trabajo. Estudiaría dos horas al día por las tardes. Para mí es muy importante, ustedes saben que me gusta ir al colegio. Al menos, podré obtener lo básico. Me he matriculado ya, comienzo en quince días.

Sus padres se miraron sin dar crédito a sus palabras.

—Así, sin más, sin consultarnos.

A su madre no le hizo nada de gracia, pero sabía que Paloma era muy tozuda y no daría su brazo a torcer. Por otro lado, tampoco se podría negar. Sabía que su padre se pondría del lado de Paloma.

—¿No crees que será duro para ti, trabajar todo el día y después estudiar?, ¿por qué no lo aparcas de momento? Más adelante podrás proseguir con los estudios, incluso conseguir alguna beca.

En el fondo, la madre de Paloma sabía que sería inútil insistir. No le quedaba otra ceder en los propósitos de su hija, Paloma intentó dar explicación de por qué era necesario seguir estudiando. Al final, su madre accedió siempre y cuando, no dejara sus quehaceres domésticos por hacer. Paloma era muy joven para tanta responsabilidad, trabajo estudios y el cuidado de sus hermanos menores, pero era fuerte y tozuda. Tenía que demostrarle a su madre que sería capaz de llevar todo aquello para delante a pesar de su juventud.

Llegó su primer día de clase. Estaba contenta, aquel olor que desprendía el plumier a lapiceros, sus cuadernos. Por fin, se cumplía su sueño, podría continuar con sus estudios.

En clase, Paloma hizo pronto una amiga. Rosalía era de su misma edad. Desde el primer día, congeniaron muy bien. Vivía muy cerca de su casa, así que iban y venían juntas a las clases.

A su madre le preocupaba que Paloma tuviera que ir todos los días sola al colegio porque había un buen trecho y por entonces, no había luces por las calle ni en algunas casas. Era peligroso para una joven caminar sola por las calle y ella no siempre la podía ir a buscar. En ocasiones, la recogía su padre. Se quedaban más tranquilos al saber que las dos niñas podían venir juntas, aunque cada vez que podían las iban a buscar.

Poco a poco, se iba acabando el primer curso. Un día, al salir de clase, un buen mozo las esperaba a la salida de clase. Paloma, le comentó a Rosalía:

—Qué chico más guapo, ¿quién será?

Rosalía, la miró con una sonrisa en los labios.

—¿Quieres que te lo presente?

—¿Le conoces?

—Sí, es mi hermano.

Sin más, Rosalía le tomó de mano y se fue directa a presentársele. Se miraron a los ojos y ella se ruborizo. Sus mejillas ardían de calor. Era el primer chico en quien se fijaba. Se ofreció par acompañarlas a casa y se despidieron hasta el día siguiente. Paloma entró como sonámbula a su casa.

—Niña, ¿qué te pasa?, ¿estás en las nubes o qué? — le preguntó su madre.

—No, no me pasa nada. ¿Por qué?

—Has entrado sin decir nada, como si hubieras visto a un fantasma.

Al día siguiente, Robert a buscarlas, y al siguiente, así durante bastantes días antes de que Robert le pidiera para salir, Paloma, lo estaba deseando, pero también sabía que sus padres nunca verían con buenos ojos al chico de sus sueños, ¿Cómo haría para verse con él? De momento, solo se veían a la salida del colegio y poco más.

Robert provenía de una familia humilde como la suya. Empezaron a verse cuando podían. A Paloma no la dejaban salir, solo para ir a su trabajo o hacer algún recado. Intentaba que sus padres no se enteraran, porque sabía que no sería de su agrado. Era muy joven para empezar una relación y mucho menos, ahora que había vuelto a incorporarse a los estudios.

Se sentía contenta con su primer amor. Tenía una ilusión cada día al levantarse, una razón muy importante. Intentaba no discutir con su madre, porque sabía que la castigaría sin salir y entonces no podría ver a Robert. Lo mantendría en secreto el mayor tiempo posible. No sería fácil, pues el chico vivía en él mismo barrio que Paloma. Lo mantuvieron en secreto, tan solo cosa de

Al cabo de un año, se enteraron los padres de ella. A sus padres, no les gustó nada ese chico. Intentaron por todos los medios convencerla que no siguiera por ese camino, que era muy joven, que ese chico no les gustaba para ella. Paloma

intentó hacerles entender que se querían, que estaban enamorados y deseaban estar juntos.

—¿Tú sabes lo que se dice? Es un chico que cada día va con una chica diferente, tú mereces algo mejor, así que; se acabó. No quiero que vuelvas a ver a ese chico —le dijo su madre tajante.

Durante varios días, los chicos no pudieron verse. Se enviaban notas a través de Rosalía. Un día, decidió no ir a clase para poder verse con su amado Robert.

Al llegar a su casa, su madre le esperaba.

—Hola, mamá.

—Siéntate, quiero hablar contigo. ¿Sabes a quién he visto hoy? Sí, a ese chico. Estaba en uno de los bancos del jardín con una chica, pelando la pava. Para que luego digas que solo son habladurías.

A paloma se le llenaron de lágrimas los ojos. Intentó disimular y no darle importancia al chismorreo que su madre le estaba contando, pensó que sería pura mentira para desprestigiar a su chico, para que terminara con él, pero Paloma estaba tan ciega y enamorada que no lo creería ni viéndolo con sus propios ojos. Aquello provoco una fuerte discusión con él, que lo negó todo.

—Espera, Paloma. Deja que te explique.

—¡No quiero verte más, déjame en paz!

Corrió hacia su casa. Antes de entrar, intentó tranquilizarse un poco.

Pasaron varios días sin verse. Robert intentó hablar con ella en un par de ocasiones, pero fue en vano. A pesar de estar enamorada hasta las trancas no quería hablar con él. Se encontraba fatal, no comía no dormía. A Robert, le pasaba lo mismo, tenía que hablar con ella como fuese, tenía que convencerla de que su amor era verdadero, que lo de aquella chica solo fue una tontería que nunca se volvería a repetir. Un día, con ayuda de Rosalía, se vieron a solas, para tratar de convencerla de que la quería y que no hiciese caso a las malas lenguas, que solo trataban de separarles. Si hacía falta,

iría hablar con sus padres, para pedirle permiso y salir juntos. No le fue difícil convencerla, pues ella sentía lo mismo que el, así que siguieron viéndose a escondidas de sus padres.

Los padres de Robert se enteraron poco después. Tampoco les parecía bien. Aparte de que eran muy jóvenes, apenas habían empezado a trabajar. En casa de Robert eran varios hermanos. Su padre estaba enfermo y no trabajaba. El sueldo de él, era muy importante. Aun así, eran más comprensivos que los padres de Paloma. Hicieron lo posible por ponerse del lado de los jóvenes. Robert habló con sus padres y les hizo saber que su intención era seguir con Paloma por encima de todo, incluso con pensamiento de boda.

Aunque sus padres se oponían, ella, no quería escuchar los consejos que recibía. Pensaba que estaban equivocados, que solo se lo decían para que le dejara. Robert tenía mucho éxito con las chicas, todo el mundo lo sabía, pero Paloma solo veía por los ojos de él. Robert quería a Paloma, pero era un hombre al que le gustaban mucho las chicas.

Al final, los padres de ella tuvieron que aceptar la relación, si bien no se mostraban simpáticos con Robert. La madre de Paloma tenía un carácter autoritario, algo que ella detestaba.

Un día Robert preparó una sorpresa que darle a su joven novia. La fue a buscar a la salida de su trabajo, sin avisarle.

—Hola, amor. ¿Qué haces aquí?

—Darte una sorpresa.

Ella le dedicó una sonrisa. Se besaron y él le cogió de la mano para llevarla dirección a la parada de autobús.

—Tienes que llegar pronto a casa.

—¿Por qué? Quería decirte algo, pero a solas; aquí hay mucha gente.

Los jóvenes se dirigieron a un parque cercano de sus casas. Se sentaron en un banco. Robert sacó del bolsillo un regalo para Paloma.

—¿Qué es esto?

—¿Te quieres casar conmigo? —ella se emocionó tanto que se echó a llorar de la emoción—. Bueno, ¿qué me dices? —Paloma le abrazó.

—Sí —aceptó, con la voz temblorosa por la emoción—. Aunque ahora viene lo más difícil, hablar con nuestros padres.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Cuando tengamos la fecha decidida, hablaremos con ellos.

Entre los dos, escogieron el día que mejor les parecía, el 28 de mayo. No fue fácil hablar con ambas familia, sobre todo con los padres de ella, pues estaban al corriente de las juergas de él. Por otra parte, sabían que sería inútil negarse, lo harían de todas formas.

Paloma se casó muy joven y los problemas empezaron pronto. Robert no estaba preparado para ese compromiso. Le gustaban demasiado las fiestas y los amigos. No tenía la responsabilidad que Paloma, mucho más madura. Tuvieron dos hijos muy pronto. Robert no compartía los problemas de casa, ni de sus hijos. Paloma recibía desplantes, infidelidades, las cuales aguantaba, ¿qué podía hacer en aquella época? Te enseñan desde muy pequeña, que con la cuchara que cojas tienes que comer. Nunca contó nada para evitar preocupar a sus padres que, por otra parte, ya se lo advirtieron en infinidad de ocasiones. Esperaría a que sus hijos crecieran para retomar sus estudios. Se convenció que con el tiempo, su vida cambiaría e incluso, era posible que volviera a enamorarse.

Sí, Paloma se dio cuenta que no estaba enamorada de su marido, de hecho pensó que nunca lo estuvo, que quizás fue una excusa para salir de su casa o una obsesión. De lo que estaba segura era que no amaba a su marido. Soñaba con ese amor que en alguna parte del mundo estaría esperándola. Aún era joven. Cuando llegara, lo disfrutaría y daría por bueno el tiempo esperado. Mientras tanto, se dedicaría a trabajar y cuidar a sus hijos.

Cuando conoció a Robert, tampoco tenía muchas amigas íntimas, solo Rosalía, que también se casó y se marchó a vivir fuera. Tenían poco contacto, además; era su hermana. No tenía a nadie con quien desahogar sus penas. No le gustaba airear los trapos sucios de su casa. Sola pasó lo bueno y lo malo. Cuando llegaba la noche, ya en su cuarto, cerraba los ojos y pensaba cómo sería ese amor que estaría esperándola. ¿En qué lugar del mundo se entrarían? A veces, miraba a su marido y pensaba: cómo me he equivocado contigo. Era muy guapo, no demasiado alto, pero tenía unos ojos verdes y un pelo muy claro, casi siempre lo llevaba largo. Mucha simpatía y mucha labia con las mujeres. El hombre que a cualquier mujer le gustaría tener. Pero solo era esa, un físico, por dentro estaba vacío. Además, se lo tenía tan creído, que le hacía más vanidoso y arrogante, Presumía del éxito que tenía con las mujeres. No aspiraba a nada más que eso en la vida.

En cambio, Paloma, solo pensaba en estudiar durante el poco tiempo que sus hijos le dejaban libre. Necesitaba aprender y superarse dentro de sus posibilidades. No le importaba estudiar hasta las tantas de la madrugada. Una de esas noches en las que estudiaba, Robert, le preguntó si le acompañaba a la cama y ella le dijo que no, que tenía que estudiar. Él, con voz sarcástica, le dijo:

—Cuidado, que te vas a hacer doctora de nada —con voz sarcástica.

Pero ella no le daba importancia, le ignoraba por completo. Tenía sus aspiraciones y lo conseguiría sin su ayuda y sin su apoyo.

Los niños iban creciendo y siguió aprovechando para estudiar. Además, eso le ayudaba a tener la mente ocupada. Le gustaba la medicina. Paloma era una mujer muy sociable y humana. Tenía buen trato con la gente. Nunca tuvo el apoyo de su marido para sus estudios, pero a ella no le importó. Su afán de superación era suficiente. Además, fue un gran ejemplo para sus hijos, que siempre la veían estudiando.

Hizo dos amigas y enseguida congeniaron. Se desahogaba con ellas. A Helen, la conoció en unos de sus viajes y a Emily en el gimnasio.

A medida que sus se hacían mayores, Paloma se iba sintiendo más sola y empezó a pensar que el momento de separarse. Pero tendría que romper tantas cosas, que no se atrevía.

Cada vez soñaba más con en ese amor esperándola, pero empezó a pensar que pensó que nunca lo encontraría, la vida seguía pasando y pronto, dejaría de ser tan joven.

Aquel día, le apetecía salir para despejarse. Llamó a Helen y quedaron para tomar un café. Ya en la cafetería, un hombre se acercó a la mesa y les pidió fuego. Helen se lo dio mientras Paloma, le miraba. Dio las gracias a Helen y miró fijamente a Paloma:

—Eres muy guapa —le dijo—. Espero que si estáis por aquí otro día, me pueda acercar a vosotras para pediros fuego.

Las mujeres se miraron. Paloma dijo:

—¿Has vito qué hombre?, se ha fijado en mí, me ha piropeado, luego puedo gustar a otros hombres, ¿no crees?

Las dos amigas rieron. Helen vivía en la ciudad, Paloma a las afueras de Benidorm. Se veían de tarde en tarde, pero estaban al día de todo por teléfono. Helen se había separado hacía algún tiempo, por eso cuando Paloma le explicaba los problemas que tenía de pareja, la entendía y la apoyaba. Helen sabía lo que era sufrir las infidelidades. Su marido la abandonó para irse con la secretaria, catorce años más joven que él, típico él jefe y la secretaria. La dejó con dos niños de corta edad y ella sufrió mucho para sacar a sus hijos adelante. Emily vivía bastante cerca. Paloma y ella se veían más a menudo.

Paloma soñó con ser médico, pero no pudo ser. Pero sí logró tener su farmacia. Le encantaba. También disfrutaba